

## EL ESPEJO DE TINTA •

**EMILIO ALONSO FELIZ**  
(Valencia, 1965)  
Licenciado en Derecho



Lleva más de 20 años en puestos directivos en empresas de consultoría y tecnologías de la información y es escritor vocacional. Ha recibido numerosos galardones en diversos certámenes de relatos tanto en España como Argentina. Uno de los primeros galardones que obtuvo fue el XV Concurso Teruel de relatos en el año 2003 por 'El Cantor'.

# San Habilitado (III)

Vivía en Valle Pequeño, en un casón grande en la colina que rivalizaba en presancia y tamaño con el propio palacio municipal, un traficante de hoja de coca de los más influyentes y poderosos del Departamento de Valle, que imponía a distancia el peso de un temor reverencial en toda la comarca, asistido por un sombrío y temible ejército de mandaderos y sicarios. Don Pablo, que así se llamaba el traficante de hoja de coca, rara vez tenía que ver con el Concejo, porque se dictaba sus propias normas y aplicaba sus propias leyes, y poco necesitaba de los candorosos artificios de la legalidad municipal. Sin embargo, sobre la montaña de negocios criminales y actividades delictivas que tan pingües beneficios le reportaban, manejaba don Pablo una pequeña explotación ganadera que le daba cada año quince o veinte toros de lidia flacos, rencos y mochos que sus capataces llevaban después a vender a los intermediarios de Bogotá y que se traían de vuelta una vez sí y otra también, a causa de su manifiesta flojera y su visible falta de bravura. Unos decían que, a pesar de su estado palmariamente ruinoso, o precisamente a causa de dicho estado, le servía este negocio a don Pablo de lavatorio o sumidero para sus pagos soterráneos y sus ilegales gabelas; otros, que era el único entretenimiento honrado del traficante, a quien se veía muchas veces en la barrera de las plazas de toros de Cali y aún de Caracas o de Ciudad de México; y que se estaba esforzando por lograr un hierro de prestigio que compitiese en ventaja con los Fuentelapeñas y los Salentos, y aún los Torrestrellas y los Mihuras. En cualquier caso, sólo a cuenta de dicha empresa ruinosa o postiza, pero indudablemente legal, con una legalidad escrupulosa que don Pablo mantenía en este caso con rigores de maniático, con la disciplina de quien conoce muy bien la ley porque la viola a cada paso, debía el traficante entablar relaciones con la Municipalidad de Valle Pequeño en las contadas ocasiones que necesitaba facilitarse las licencias para la suelta de las reses en los prados del municipio, y así hubo un día en que uno de los mandaderos de don Pablo se alargó hasta la Alcaldía y pasó a hablar directamente con el Alcalde Vitalicio, porque no se suponía que los empleados de don Pablo tuvieran que entretenerse con ujieres, auxiliares y funcionarios de ventanilla. El Alcalde, para quien aquellas inexorables visitas de vecinos tan incómodas eran más que nada un mal trago, encontró una buena forma de



**ÁNGEL MALLÉN VÁZQUEZ.** Nacido en Zaragoza, es miembro de la Sociedad Fotográfica Turolense (SFT), en cuyas actividades participa de manera activa. Ha ganado diversos premios fotográficos, entre ellos el I Torneo Fotográfico 'Teruel Ciudad del Amor' en el año 2014.

orillarlos sin ofender demasiado al visitante, pretextando cansancio y encomendándolo para que evacuase su gestión ante el Habilitado famoso, en la confianza, nunca hasta entonces defraudada, de que se encargaría de ella con prontitud y eficacia.

El mandadero se acercó de mala gana a la mesa del Habilitado, frente a la cual se extendía como siempre la ordenada multitud de vecinos del municipio con sus carpetitas azules ceñidas con cintas elásticas, donde guardaban celosamente sus resguardos y cédulas y formularios, para resolver sus trámites con ayuda de don Juan Camilo, y alrededor de la cual voceaban su mercancía los vendedores de turnos, los aguadores y los panaderos. Habitado a las maneras que siempre usaba, el mandadero desalojó a pechadas a los primeros de la fila, campesinos en su mayor parte, que se abrieron asustados sujetando los anchos sombreros blancos en la mano. Sin reparar en ellos, con aire aburrido, el mandadero le arrojó a la cara a don Juan Camilo una solicitud en regla para que los toros bravos de don Pablo pastasen en los prados del municipio y dijo, sin mirar ni una vez al Habilitado:

—Esto me lo resuelves todo en lo que me fumo un Sumatra; que es cosa de don Pablo, por lo de los toros.

Sin embargo, no le dio tiempo siquiera a encenderse el Sumatra, que se le quedó colgando en el pico de la boca al mandadero mientras la abría de par en par de puro asombro, porque el mestizo insignificante que se sentaba a la mesa le dijo imperturbable, sin levantar la voz, pero sin que tampoco le temblase:

—Qué pena hacerlo aguardar un poco, pero para esto me espera usted la colota, que todos estos manes están aquí desde antes que usted y digo yo que a ellos también les importará lo suyo.

Está claro que al mandadero nunca le había pasado una cosa semejante y que estaba recorriendo todos los estados de ánimo que van de la sorpresa a la estupefacción, porque la frase "es cosa de don Pablo" había funcionado siempre en todas partes como un conjuro mágico, como un Ábrete Sésamo infalible que expugnaba cualquier resistencia en un decir Jesús y, por tanto, se limitó a repetirla como una salmodia un par de veces, considerando que tal vez el mestizo de atrás

de la mesa no le había escuchado como Dios manda:

—Es cosa de don Pablo. De don-Pa-blo.

—Mis respetos a don Pablo, pero usted me espera la mera cola como uno más, paisano.

No es que los campesinos que aguardaban hiciesen gesto alguno de amenaza contra el mandadero, y más bien sólo el asombro y la curiosidad los mantenía allí petrificados y les impedía salir escaleras abajo para no comprometerse, ni es de creer que el mandadero se figurase que iba a meterse en problemas entre aquellos pobres diablos, pero la firmeza de don Juan Camilo lo tenía intrigado y dubitativo y sin saber muy bien qué hacer. Al final, envalentonándose, lo miró con odio, se le acercó apoyando las manos en la mesa hasta que pudieron distinguirse los pelos del bigote y le siseó en la cara:

—Mestizo hijueputa, cagada de tu madre, no sabes con quien estás hablando. Me arreglas esto ahora mismo o te despanzurro como a un chigüiro.

Y, al tiempo que escupía esas palabras a un palmo de la nariz de don Juan Camilo, se ahuecó un poco el chaleco sin abotonar para que se le viera el revólver

que llevaba en la axila. Don Juan Camilo, empero, sin un solo temblor de la voz, repitió como si fuera la primera vez que lo decía esa mañana, sin querer echar cuenta de los groseros insultos del otro y sin abandonar el buen tono, desprovisto de reproche:

—No me sea cansón. Se me pone usted a la cola y cuando le toque le ha tocado. Mire que si me abalea —añadió sin ironía—, lo más seguro es que se le retrasen más las gestiones que si espera turno. Además, hay quien vende turnos en la cola, bien sabe Dios que es un comercio ajeno al Concejo, y un hombre de plata como usted no tendrá impedimento en comprarse un propio sitio por unos pesos.

—Tus turnos te los metes por el culo —el mandadero retrocedió, no resolviéndose a nada, impresionado por el valor impertérrito de aquel hombre diminuto—. Ya en seguida tendrás noticias de don Pablo.

Cuando el mandadero hubo salido, repartiendo empujones y bofetadas para que a nadie se le pasara el susto y para mantener el respeto, los campesinos e incluso algunos funcionarios que, escuchando la disputa, habían abandonado sus lugares y se habían acercado discretamente, se quedaron mirando al Habilitado con una mezcla de terror y de admiración. Don Juan Camilo ordenó un poco las carpetas que tenía sobre la mesa y que se le habían desordenado y, con voz inalterable, dijo:

—¿A quién le toca?

Pero los otros funcionarios corrieron a refugiarse en sus mesas y los campesinos se marcharon en desbandada, deshaciendo la cola, para que nadie pudiera creer que actuaban concertados con el temerario Habilitado o que se beneficiaban de su irreflexivo acto de valor, de modo que quedó don Juan Camilo solo, entre sus carpetas.

Aquella misma noche, los sicarios de don Pablo encontraron la casita baja donde don Juan Camilo vivía con su madre a la orilla del pueblo, entraron a las patadas, reventando la puerta y dispersando a las gallinas y, sin darle tiempo siquiera a despertarse, le frieron a tiros hasta que no les quedaron más balas en las pistolas. Antes de marcharse, uno de los sicarios, que era el mandadero desairado, dijo por burla, escupiendo sobre el cuerpo inmóvil:

—Ya le esperé la colota entera, indio: es mi turno.

## El espejo de tinta

El fragmento que hoy se publica forma parte del relato ganador del certamen literario Miguel Artigas, de Monreal del Campo, en el año 2016. La imagen que lo ilustra pertenece a un miembro de la Sociedad Fotográfica Turolense.